

PODER Y PROVIDENCIA DE DIOS, POR EDWARD PELLHAM, EN 1631

Entre las numerosas ediciones facsimilares publicadas por «The English Experience», figura la que tiene el número 45^a de la Primera Serie, con el título *Gods Power and Providence*, publicada en Londres en 1631, y de la que es autor Edward Pellham. Refiere las penalidades y miserias padecidas por ocho ingleses que pasaron el invierno de 1630 en el archipiélago de Spitzbergen.

La edición es de gran utilidad, pues la consideramos poco conocida en España, y tiene el interés de las noticias que suministra sobre Spitzbergen denominada Greenland ²

1 Pellham, Edward: *Gods Power and Providence*. London, 1631. Da Capo Press. Theatrum Orbis Terrarum Ltd., Amsterdam, 1968. New York.

Título completo: *Gods Power and Providence: Shewed IN THE MIRACVlous Preservation and Deliverance of eight Englishmen, left by mischance in Green-land Anno 1630, nine moneths and twelve dayes*

With a true Relatton of all their miseries, their shifts and hardship they were put to, their food, &c. such as neither Heathen nor Christian men ever before endured.

With a Description of the chiefe Places and Rarities of that barren and cold Countrey.

Faithfully reported by EDWARD PELLHAM one of the eight men aforesaid.

As also with the Map of GREEN-LAND.

That they goe downe into Sea in ships, that doe busnesse in great waters:

These see the workes of the Lord, and his wonders in the deepe. Psal. 107, 23, 24.

LONDON, Printed by R. Y. for IOHN PARTRIDGE, and are to be sold at the signe of the Sunne in Pauls Church-Yard, 1631.

2 El Archipiélago de Spitzbergen está situado en la Región Ártica. De 16º, 26' a 80º, 50' latitud Norte, y 10º, 32' longitud Este de Greenwich.

Comprende las siguientes Islas: Spitzberg Occidental, Tierra del Nordeste, Isla Barentz, Isla Edge, Tierra del Príncipe Carlos, Tierra de Wiche o del Rey Carlos.

por errónea identificación con Groenlandia, y las condiciones en que tuvo lugar el invierno en dichas latitudes.

La obra está dedicada a sir Hugh Hammersly, regidor de la ciudad de Londres y gobernador de la Compañía de Comerciantes de Moscovia,³ al capitán William Goodler,

La extensión total es de 64.290 Kms. cuadrados. La constitución geológica es semejante a Groenlandia. Sus costas suelen estar bloqueadas por bancos de hielo. El sol produce un día permanente de cuatro meses. En invierno desaparece totalmente durante el mismo tiempo, excepto cuando aparecen las auroras boreales.

La flora es varia, y corresponde a su latitud. La fauna es fundamentalmente: reno, oso blanco, zorros, distintas especies de aves de paso, ballenas, morsas, focas y varias especies de peces. Tiene minas de carbón.

El archipiélago de Spitzbergen fue descubierto por el holandés Barentz en 1596. Actualmente pertenece a Noruega (1920) que lo denomina Svalbard "Tierra de las costas frías". Se sabe que fue visitado por los normandos en 1194. Se le supuso unido a Groenlandia y quizás de ahí el error de identificación y el haber sido denominada "Greenland". A partir de 1596 eran frecuentes las luchas entre las tripulaciones de los balleneros ingleses y holandeses. La primera mención que se hace de la Tierra de Wiche o del Rey Carlos corresponde al Mapa de Edward Pellham en 1631.

La isla denominada Spitzberg Occidental es donde tiene lugar la narración que nos ocupa. Tiene una extensión de 39.260 Kms. cuadrados. Su forma es triangular con vértice al Sur. La costa se recorta con fiordos que articulan sus formas macizas. Gracias a la Corriente del Golfo, esta isla es la que tiene el clima menos riguroso de las tierras árticas.

El extremo meridional es el "Foreland" o Cabo Sur. Próximo a él está el "Horn Sownd" o Bahía del Cuerno. Al N.O. de ésta están las islas del Plumón, de Eider (Dunöer), y "Dunder Bay". "Bell Sownd" o "Glochen" es uno de los más importantes fiordos de la isla. Merece especial mención "Green Harbour", en noruego "Green Herberge". También la Bahía del Carbón, "Kol Bay". Las alturas más importantes son "Middle Hook" o "Bell Sownd".

Historia General de los Viajes... Obra traducida del inglés al francés por el Abate Antonio Francisco Prevost, y al castellano por don Miguel Terracina, Tomo XXVII, Madrid, 1790, págs. 227-266. Descripción de Spitzberg.

Conway, W. M.: *The Cartography of Spitzbergen* (The Geographical Journal, XXI: 6, London, 1903, 636-644). Acta Cartographica, XX, 1975, Amsterdam, págs. 132-140.

La cartografía de las islas o archipiélago de Spitzbergen en la Edad Moderna puede verse en *Atlantes Neerlandici; Bibliography of terrestrial, maritime and celestial atlases and pilots books, published in the Netherlands up to 1880*, Compiled and edited by Dr. Ir. C. Koeman, Amsterdam, vol. IV, 1970, págs. 128 y 129. Mapas de 1632 por Colom, J. El vol. V (Índice), 1971, pág. 262 tiene una amplia relación de mapas de Svalbard (referencia a Spitzbergen).

3 Courtauld, Augustine: *From the Ends of the Earth. An Anthology of Polar Writings*. London, 1958, págs. 124-134.

The Cambridge History of the British Empire, vol. I, *The Old Empire. From the beginnings to 1783*, Cambridge, 1929, págs. 40-41, 57, 59, 64-67, 75, 78, 80, 90.

ciudadano regidor de dicha ciudad y a los oficiales y aventureros de dicha Compañía.

Tiene a continuación unas palabras explicativas (Dedicatoria epistolar) de lo que significó dicho invierno para Pellham y sus compañeros, comparando esta aventura con

Historia del Mundo Moderno, III, La Contrarreforma y la Revolución Económica, 1559-1610, bajo la dirección de Richard Bruce Wernham, Barcelona, 1976, pág. 417.

Page, W. S.: *The Russia Co. from 1553 to 1660*.

Scott, W. R.: *Joint Stock Companies to 1720*.

Churchill, A. & J.: *A collection of Voyages and Travels*, 6 vols. London, 1744, vol. IV.

El comercio septentrional por Rusia se hacía por una Compañía, cuya denominación era *The Merchants Adventurers of England for the Discovery of lands, territories, etc. unknown*, conocida habitualmente por la Compañía de Moscovia, fundada en 1555, y que llevaba a cabo el comercio de pescado, aceite de ballena, sebo, lino y pieles. Consideró a Rusia como escala hacia Asia. En 1557 Anthony Jenkinson, uno de sus más destacados socios después de la muerte de Chancellor, bajó por el Volga al Caspio, y de allí al Este, hacia Bokhara. Estableció el comercio con Persia hasta 1580 en que esta fue invadida por Turquía. La Compañía de Moscovia no sólo fue la primera sociedad anónima autorizada por el gobierno inglés, y por lo tanto un medio de ganar experiencia en los nuevos métodos de explotación, sino que fue también la primera compañía inglesa que tuvo contacto directo con Asia, más allá de las costas de Levante. Representó un intento de expansión pacífica. Posteriormente se reorganizó. Se cambió la atención del nordeste por la del noroeste, influidos probablemente por los relatos franceses de un paso marítimo más allá de las pesquerías de bacalao. Los derechos de la Compañía de Moscovia en esta ruta estaban garantizados por un Acta del Parlamento. Desde su fundación, Inglaterra, y especialmente la ciudad de Londres, experimentaron una constante mejora en su prosperidad comercial hasta los embargos de los comerciantes flamencos en 1569, aumentando considerablemente sus reservas de capital.

Sir Thomas Smythe, poderoso comerciante, disponía de un importante capital, e invirtió en el comercio de ropa de los Comerciantes Aventureros. Fue uno de los socios fundadores de la Compañía de Levante en 1581, y también un gran inversor en las empresas de la Compañía de Moscovia. Junto con otros comerciantes de Londres que regentaban esta Compañía y las de East India y Levante poseyeron los derechos de patente de Raleigh en 1584.

Por otro lado los comerciantes pescadores de Bristol y del occidente de Inglaterra, estaban deseosos de descubrir nuevas pesquerías. Hicieron varios viajes entre 1602 y 1605, regresando sus barcos cargados de safrán, y con las perspectivas optimistas por las excelencias de aquella pesca. Los holandeses empezaron a usar aceite de ballena en lugar de sebo para la manufactura del jabón. El procedimiento fue imitado por los fabricantes ingleses de jabón, surgiendo una gran demanda por los lugares de pesca de ballena, que John Davis había sido incapaz de explotar en la última década

la de unos holandeses en Nueva Zembla en 1596,⁴ y señalando las desfavorables circunstancias que ellos tuvieron que afrontar.

Es muy interesante consignar, como el autor lo hace, que frente al título de *prioridad en la ocupación* de un territorio, en orden al derecho de posesión del mismo, establecido como el mejor por el Rey de España, mantiene la tesis de *la habitación* del territorio, que fue esgrimida frecuentemente por Inglaterra para justificar en muchos casos sus asaltos, establecimientos y depredaciones en los puertos y costas españoles del Nuevo Mundo.

Y al dirigirse al lector, recuerda nuevamente la gesta de los holandeses en Nueva Zembla, publicada también,⁵

del siglo anterior, y que ahora empezaba a tener un gran interés. La Compañía de Moscovia mantenía aún el monopolio de los mares nórdicos bajo el mandato de Sir Francis Cherry, e intentó desarrollar un beneficioso comercio derivado de la caza de las morsas y la pesca de las ballenas desde la Isla de su nombre en los Estrechos de Davis. En 1612 obtuvo una muy considerable ganancia que indujo a otros competidores a probar la pesca de la ballena en otras partes.

Begin Ende Voortgangh van de Oost-Indische Compagnie. 1646.

Kort verahel van d'eerste Schipvaerd der Hollandsche ende Zeeusche Schepen by noorden Noorwegen Moscovien ende Tartarien om nae de Coningrijcken van Cathay ende China. Getogen uythet Journael van Gerrit de Veer, págs. 1-53.

4 *Historia General de los Viajes... Traducida del inglés al francés por el Abate Antonio Francisco Prevost, y al castellano por Miguel Terracina, Tomo XXVII, Madrid, 1790, págs. 21-67.*

Adelung, Friederich V.: *Kritisch-Literarische Uebersicht der Reisenden in Russland bis 1700, deren Berichte bekannt sind*, 2 vols., Amsterdam, 1960. Viaje de 1594, págs. 453 y ss.; viaje de 1595, págs. 459 y ss.; viaje de 1596-97, págs. 464 y ss.

Parias, L. H.: *Historia Universal de las Exploraciones, El Renacimiento (1415-1600)* Edición española dirigida y revisada por Francisco Morales Padrón. Traducción por Fernando de Armas Medina y Eulalia de la Cruz Bugallal, Madrid, 1968, págs. 379-383.

Kirwan, L. P.: *Historia de las Exploraciones Polares*, Barcelona 1965, págs. 39-43.

La Cartografía de Willem Barentsz (1560-1597), puede verse en *Atlantes Neerlandici Bibliography of terrestrial, maritime and celestial atlases and pilots books, published in the Netherlands up to 1880*, Compiled and edited by Dr. Ir. C. Koeman, Amsterdam, vol. IV, 1970, págs. 21-26.

5 Veer, Gerrit V.: *Relación de los tres barcos holandeses y zelandes esal norte de Noruega, Moscovia, Rusia y Tartaria*, Nuremberg, 1598.



"Mapa del Archipiélago de Spitzbergen, por Hendrick Doncker en 1663. ("The Cartography of Spitzbergen", por Sir Martin Conway. Publicado en "The Geographical Journal", XXI:6, London, 1903, pág. 639).



"Mapa de la isla denominada "Greenland", actualmente "Spitzberg Occidental", donde tiene lugar la acción de este relato. Por Edward Pellham, Londres, 1631".

y que Pellham desea emular e incluso superar. A dicho propósito compara la latitud de unos a 76 grados N., y otros a 77 grados 40 minutos N., con una diferencia de cerca de dos grados, y las consiguientes consecuencias de temperaturas más bajas. Esto unido a que los holandeses tuvieron los necesarios abastecimientos (pan, vino, cerveza, víveres, ropa, etc.); mientras que ellos carecieron de todo y tuvieron que conformarse con la carne de los venados y los osos que cazaron, y unas repugnantes frituras de carne de ballena, cubiertas de moho, por la humedad y falta de preparación para conservarlas. Carecieron además los ingleses, a diferencia de los holandeses, de médico cirujano, medicinas, cartas e instrumentos de navegación, e incluso de su propio navío. Los holandeses tenían carbón, traído por mar, pero no supieron aprovecharlo. Los ingleses sólo tuvieron tres días para construir su casa, por todo lo cual las condiciones fueron para ellos más adversas y ello probó su mayor vigor. Pellham atribuye la salvación suya y la de sus compañeros a un milagro divino. Los nombres y profesiones de los ocho ingleses abandonados eran: William Fakely y el autor de la narración, artilleros; John Wise y Robert Goodfellow, marineros; Thomas Ayers, cortador de ballenas; Henry Bett, tonelero; John Dawes y Richard Kellet, hombres de tierra.

La obra comienza con una descripción de Spitzbergen que, como vimos, está situada sólo a 12 grados y 20 minutos del Polo Norte. Tierra montañosa, está cubierta de nieve casi todo el año. En el verano las llanuras se presentan par-

El siglo XVII es la Edad de Oro de la navegación holandesa, cuyo imperio se hace en gran parte a costa de Portugal. Son los inventores del procedimiento de conserva del pescado curándolo con humo. Tenían sus factorías en la península de Kola. Hicieron expediciones a Nueva Zembla (en ruso Nova Zemlia, Tierra Nueva). En 1596 el piloto Willem Barentsz dirige una expedición a aquellas islas en la que muere después de una serie de contingencias que le obligaron a invernar en dichas latitudes. Fue el primer invierno que los europeos pasaron en aquellas tierras.

cialmente peladas, pues no existe vegetación ni de árboles ni de hierba. El mar sólo tiene ballenas, caballos de mar, focas y algunos peces pequeños. Los ingleses, que permanecieron allí durante el invierno de 1630, pertenecían a la tripulación del «Salutation» de Londres, barco de la Compañía de Comerciantes de Moscovia, y habían ido allí a la campaña ballenera anual.

El viaje se inició el 1 de mayo de 1630, llegando a Puerto Deseado, en Spitzbergen, el 11 de junio. Una vez anclados los tres barcos que componían la expedición, las tripulaciones prepararon las chalupas y llevaron a tierra las barricas para la obtención del aceite. El propósito era permanecer en Foreland (Cabo Sur) hasta el día 15 de julio, y si en dicho tiempo no se alcanzaban los objetivos, se enviaría un barco a levante, a un lugar distante cuatro leguas, y adonde acuden frecuentemente las ballenas. Otro barco fue enviado a Green-harbour, a unas quince leguas al sur, para probar allí fortuna. El tercer barco permanecería en el Cabo (Foreland) hasta el 20 de agosto. El capitán despachó una de las chalupas al estrecho de Bell, para que recogiera parte del aceite de ballena, reuniendo todas las fuerzas para reforzar la flota al regreso en defensa de sus intereses, pues los marinos de Dunquerque eran muy poderosos y abundaban en el mar en esas fechas.

El 8 de agosto salieron de Foreland y se dirigieron al sur hacia Green-harbour, para recoger veinte tripulantes, despachados allí en el más pequeño de los barcos de conserva.

Y aquí empezaron las contrariedades y sinsabores. Inicialmente el viento fue contrario, impidiendo la derrota propuesta. El día 15, estando a cuatro leguas de Black Point y cinco de Mayden Pappes, que es un lugar donde abundan los venados, fueron enviados los ocho hombres del «Salutation» —que habían de permanecer allí durante todo el invierno— con dos perros, un mosquetón y dos lanzas para

cazar algunos venados. Llegaron a la playa con buen tiempo, cazando aquel mismo día catorce ciervos, y muy cansados de remar y cazar, convinieron todos en descansar durante la noche para terminar la cacería al día siguiente, regresando al barco. Pero al otro día amaneció con bruma y hielo en alta mar, entre la playa y el barco, obligándoles a poner proa al mar para librarse del hielo, perdiendo de vista totalmente la costa, y sin saber si estaban dentro de un témpano de hielo, cerrándose cada vez más el horizonte. Pensaron que lo mejor era cazar a lo largo de la costa, dirigiéndose hacia Green-harbour, permaneciendo allí con los restantes compañeros hasta que regresara un barco. Siguleron pues cazando en dirección a Green-harbour adonde llegaron el día 17, quedando sorprendidos porque el barco había zarpado con los veinte hombres de la tripulación. Mayor sorpresa les causó aún que no había suficientes víveres a bordo para el regreso, por lo que les desconcertó extraordinariamente la razón de la inesperada partida.

Pensando que sólo les quedaban tres días para cumplirse el plazo fijado para el regreso, consideraron que el mejor rumbo era alcanzar con la mayor rapidez el estrecho de Bell, temiendo que el retraso acarrearía un gran peligro. Para aligerar el peso de la chalupa arrojaron los venados al agua, dirigiéndose al mencionado estrecho de Bell que distaba dieciséis leguas al sur. La primera noche llegaron a una punta de tierra denominada Low-Nesse, pero la niebla aumentó con tanta rapidez que les impidió continuar la navegación, teniendo que fondear allí desde el 17 por la noche hasta el mediodía del 18. A esa hora zarparon en dirección a Bell Sownd, pero careciendo de brújula para dirigir el rumbo, y no siendo ninguno experto en el conocimiento de aquel terreno, se dirigieron a Bell Point, a diez leguas al sur, hacia Horne Sownd. Pero era imposible resistir ocho leguas remando y navegando a vela. Algunos

consideraron que tampoco era posible ir al sur porque la tierra se dobla hacia el este, y aunque William Fakely, que era el mejor conocedor de aquellas tierras, opinó que debían ir hacia el sur, regresaron hacia el norte para alcanzar Bell Sownd. Llegaron a dos millas de Bell Point, pudiendo allí divisar los picos de las altas montañas porque el tiempo ya era bueno y claro. El propio William Fakely dijo que habían ido por camino equivocado, debiendo dirigirse de nuevo hacia el sur, aunque tardíamente, por lo que Pellham manifestó su desacuerdo. El 20 de agosto, que era el último día del plazo de permanencia en aquellas tierras, cambiaron el rumbo hacia el sur, ignorando completamente dónde estaba el estrecho, mientras les asaltaban lúgubres pensamientos sobre su futuro, si no encontraban los barcos.

Nuevamente en el sur deciden ir hacia el norte, oponiéndose a ello William Fakely, en quien ya no confiaban, llegando a arrebatarse Pellham el remo que dirigía el bote para gobernarlo. El viento de levante y el buen tiempo les permitió navegar a vela a buena velocidad, alcanzando el día 21 Bell Point, donde el fuerte viento era contrario, por lo que entraron a remo en la ensenada. Este era el lugar que habían pretendido alcanzar en todo aquel tiempo. Enviaron inmediatamente a dos hombres en busca de los barcos a Bell Sownd, los cuales nada hallaron, porque los barcos habían zarpado de la rada, y al no estar seguros de que pudieran estar en Bottle Cove, volvieron con estas malas noticias. En este sitio, adonde llegaron el día 22, tampoco estaban, encontrándose incapacitados para ir a buscarlos, pues carecían de instrumentos de navegación. Así estaban en la duda, entre ir o quedarse, temiendo por un lado el riesgo de la navegación entre los hielos y el peligro de morir allí durante el largo y frío invierno que les acechaba.

Nadie, ni comerciantes ni marinos, habían querido nunca invernar en aquellas tierras, aunque estuvieran do-

tados de los elementos necesarios para hacer frente a las contingencias, ni siquiera los malhechores, a quienes la Compañía de Moscovia alcanzó el indulto en una ocasión, cuando llegó el momento de abandonarlos allí, pues ante el horror de verse aislados prefirieron volver a Inglaterra, aunque tuvieran que ser ejecutados. Otros nueve hombres que fueron abandonados en aquel sitio, murieron y fueron devorados y desfigurados por osos y zorros. Estos recuerdos, la falta de provisiones y la carencia de ropa, así como no tener una casa donde guarecerse del frío helador se cernían sobre Pellham y sus compañeros. Todos estaban mudos y silenciosos con tan terribles perspectivas, hasta que empezaron a reaccionar y a discutir la forma de afrontar el futuro ya que la esperanza de volver a Inglaterra había desaparecido totalmente. Acordaron ir en la primera oportunidad a cazar venados a Green Harbour para tener provisiones durante el invierno, dirigiéndose allí, distante dieciséis leguas de Bell Sownd, el 25 de agosto, llegando con buen viento en doce horas. Construyeron una tienda con la chalupa, descansaron aquella noche, y al día siguiente fueron a Coles Parke, distante dos leguas, que según Thomas Ayers, uno de los de la Compañía, abundaba en venados. Mataron aquel día siete venados y cuatro osos, regresando por la noche a Green-harbour, donde acamparon, y después de cenar volvieron a partir de caza, mientras William Fakely y John Dawes, cocineros improvisados, quedaban, en la tienda condimentando las viandas. Volvieron a Coles Parke, donde cazaron doce ciervos con los perros. Pero el tiempo se echó a perder y tuvieron que volver a la tienda en la que permanecieron todo el día siguiente, frío, oscuro y ventoso. Cargaron la chalupa con la caza, y otra que encontraron abandonada por la Compañía de Barcos, la cargaron con huesos de ballenas, cocidas aquel año, dividiéndose en dos grupos de hombres, cada uno en una de

ellas, dirigiéndose a Bell Sownd que era donde pensaban pasar el invierno. Descansaron un domingo, porque quisieron santificar el día del Señor, aunque no tenían ninguna Biblia. Dicho descanso fue hasta la mañana del lunes en que emprendieron el viaje, al principio con buen tiempo. Pero a las cuatro horas se nubló, y el viento era tan fuerte que les impidió llegar a Bell Sownd aquella noche, por lo que fondearon en Bottle Cove. Fondearon una chalupa, amarrando a ella la otra, y fue tan fuerte el viento que ambas se soltaron, siendo arrojadas a la playa, y hundiéndose luego, mojándose las provisiones y cayendo parte de éstas al agua, con la consiguiente desmoralización de los marineros que veían en ello la pérdida de sus esfuerzos y trabajos. Recogieron como pudieron las provisiones en la playa, aseguraron las embarcaciones, y esperaron la primera oportunidad para dirigirse a Bell Sownd.

El 3 de septiembre, con buen tiempo, se dirigieron allí. Llevaron las provisiones a la tienda que era una sólida casa, hecha de palos y tablas, y cubierta por los holandeses de azulejos cuando comerciaban en aquel sitio. Tenía 60 pies de largo por 50 de ancho. La habían construido los toneleiros de la Compañía para trabajar, y alojarse cuando preparaban los barriles para envasar el aceite de ballena.

Pensaron los ingleses que lo mejor era construir una tienda pequeña dentro de esta mayor, para lo cual derribaron otra que había para hacer el aceite, aprovechando sus materiales: ciento cincuenta tablas, un millar de ladrillos, barricas de cal, que mezclada con la arena de la playa formaba muy buen mortero para colocar los ladrillos. El tiempo era ya tan frío que tenían que hacer fuegos para que la mezcla no se helara. Todos tomaron parte en la construcción, dividiéndose el trabajo, para construirla lo más sólida y confortable posible. Tenía ésta 20 pies de largo, 16 de ancho y 10 de altura. Una chimenea para respiradero

que daba a la tienda mayor, y el refuerzo y consolidación de los tablones para que el viento no penetrara entre ellos. La puerta era muy ajustada, y no hicieron ventanas, por lo cual la única luz entraba por el respiradero de la chimenea. Dentro de la tienda hicieron cuatro cabañas o habitaciones, viviendo de dos en dos en cada una. Las camas eran pieles de ciervo disecadas. El fuego se hacía aprovechando unas chalupas viejas y desvencijadas, abandonadas en la playa, cuya tablazón se utilizó también para hacer el suelo. Reunieron para ello todos los restos que encontraron pues el frío aumentaba cada día, y para combatirlo mantenían constantemente el rescoldo del fuego.

El 12 de septiembre penetraron en el Sownd unos témpanos de hielo, y sobre uno de ellos un par de caballos marinos durmiendo, a los que mataron con los arpones desde las chalupas, aprovechando su carne para la alimentación. El día 19, aparecieron nuevos caballos marinos sobre bloques de hielo, y sólo lograron matar a uno, porque con el frío estaban despiertos y espabilados.

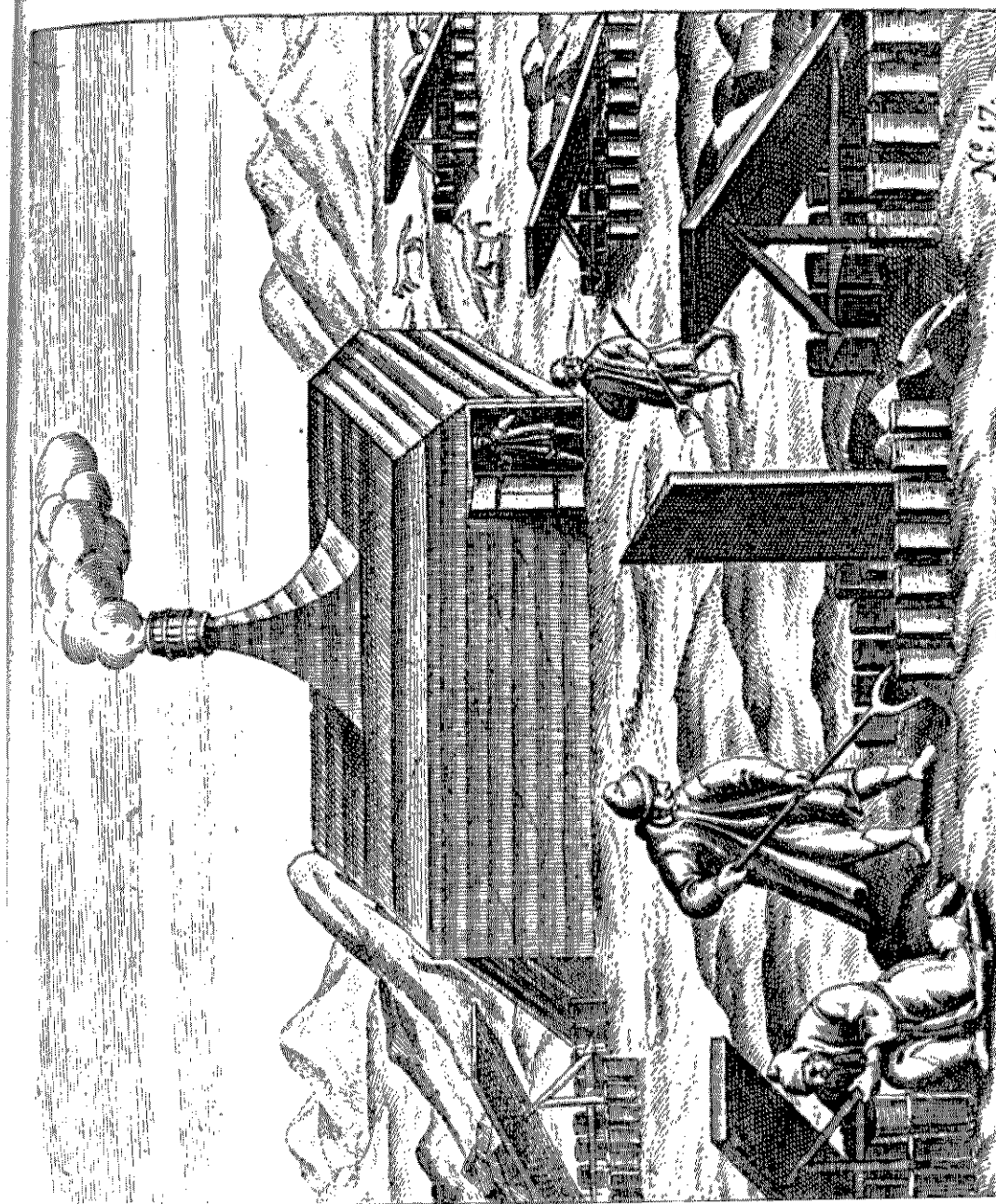
El frío y la duración de las noches aumentaba, y al hacer el cálculo de las provisiones, vieron que sólo tenían la mitad de lo necesario, por lo que acordaron el racionamiento, reduciéndose a una comida al día, ayunando miércoles y viernes. Disponían además de unas repugnantes frituras de grasa o chicharrones de ballena, de lo cual era de lo único que conservaban suficiente cantidad para tres meses.

Los vestidos estaban tan usados y rotos que tuvieron que hacer agujas de huesos de ballenas, e hilo de cuerdas, para remendarlos.

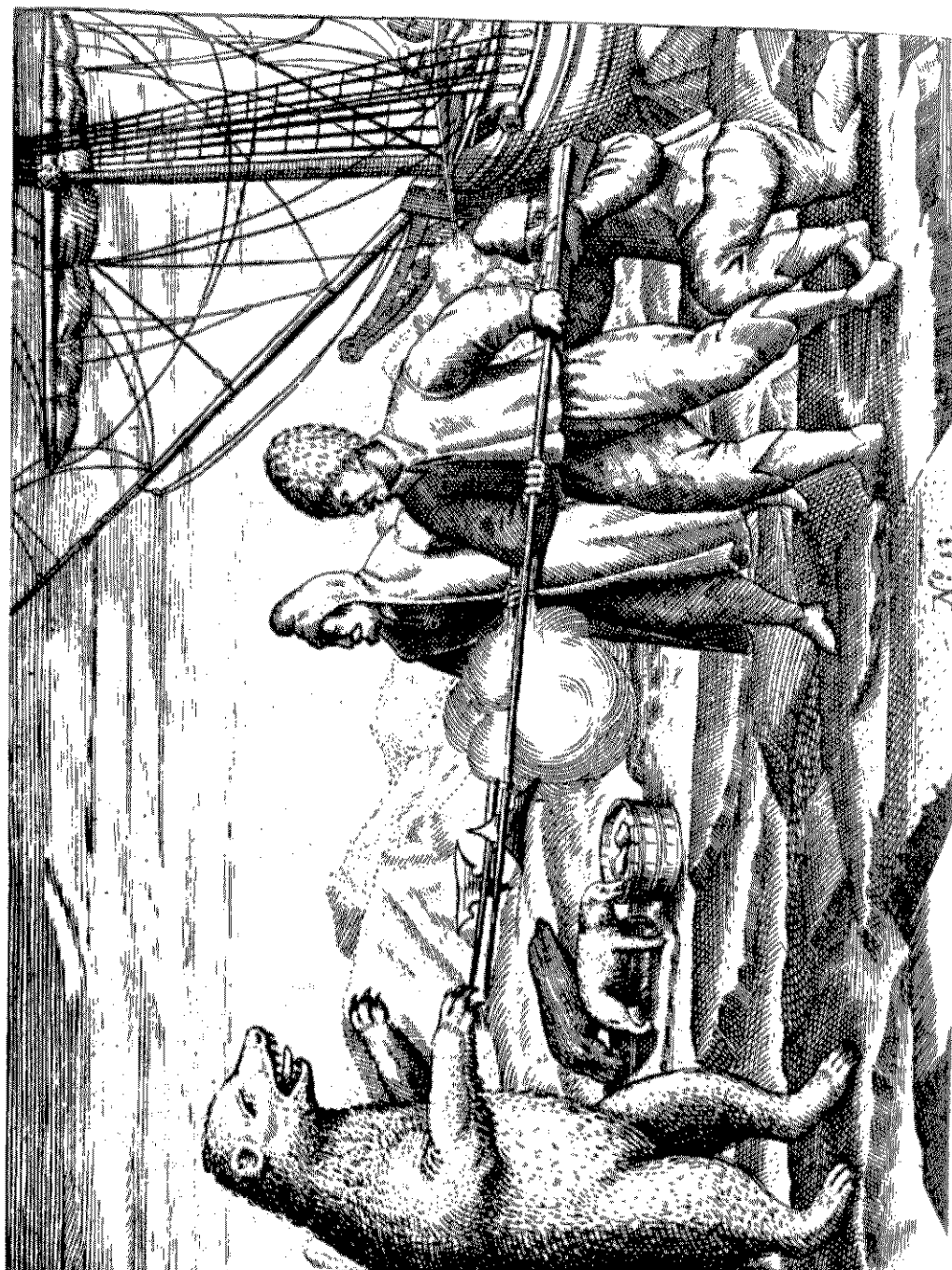
El 10 de octubre el frío era muy intenso, las noches cada vez más largas, y el mar estaba congelado. El largo ocio hizo que sus mentes reinaran en los más lúgubres pensamientos, lamentándose de sus condiciones de vida en

aquellos meses. Ello les llevaba a los tristes recuerdos de sus familias, el comentario sobre la crueldad con que habían sido abandonados, pensando que quizás sus compañeros estarían bloqueados por los hielos, y quizás también hubieran perecido. Todo ello les llevaba a la desesperación, redoblando las oraciones al Todopoderoso, pidiendo fuerza y paciencia que el Señor les concedió. Cobrando ánimo, aun cuando los sinsabores por los escasos alimentos y las condiciones de vida, cada vez más precarias, y en soledad les hiciera desfallecer a veces. Las frituras de ballena estaban incomibles por haberse enmohecido con la humedad, mientras que la carne de los osos y venados no llegaba a permitirles cinco comidas semanales, limitando a tres días la dieta cárnica, y alimentándose los cuatro restantes con las repugnantes y fétidas frituras. Además la noche ártica les impedía ver la luz y el sol, y sólo lucía la luna día y noche, cuando no estaba oculta por las nubes, pero el cielo estaba cada vez más espeso y oscuro, impidiendo frecuentemente ver la luna. Sólo tuvieron una especie de resplandor durante ocho horas al día desde octubre, disminuyendo cada día diez o doce minutos, hasta el 1.º de diciembre en que todo indicio de luz desapareció, siendo noche continua. Todo lo que se percibía era un pequeño resplandor blanco hacia el sur. A primeros de enero los días empezaron a aumentar poco a poco. En todo este tiempo no podían discernir cuándo era de día y cuándo de noche, por lo cual el propio Pellham llevaba personalmente el cómputo de los días por el número del Epacta y el periodo lunar que le permitía averiguar el transcurso del tiempo, habiendo acertado en ello, pues cuando regresaron sus compañeros les dijo exactamente el día en que estaban. Hicieron tres lámparas con láminas de plomo sacadas de las juntas de los recipientes de los toneleros, aprovechando para la combustión el aceite de ballena, y utilizando las cuerdas como pabilos.

Con el nuevo año los días se prolongaron pero el frío



"La Tienda construida por Whilhelm Barentsz y sus compañeros en Nueva Zembla en 1596" (Lámina 17 de "Derde Schipvaerd van W. Barentsz", publicado en "Begin Ende Voortgangh van de Oost-Indische Compagnie. 1646", vol. I.



"Cacería de un oso con lanzas y mosquete en Nueva Zembla, en la expedición de Whilhelm Barentsz en 1596". (Lámina 13 de "Derde Schipvaerd van W. Barentsz", publicada en "Begin Ende Voortgangh van de Oost-Indische Compagnie. 1646", vol. I.

aumentó, hasta el extremo de que se les levantaban ampollas en la carne, como si estuvieran quemados con fuego, y al tocar el hierro se les pegaba los dedos como la liria. Cuando tenían que salir por agua, al romper el hielo con piquetas se les formaban llagas de frío.

El 10 de enero el hielo se convirtió en agua nieve que fundieron con hierros calientes. A fines de este mes los días aumentaron siete u ocho horas, pudiendo comprobar que las provisiones no durarían más de seis semanas.

El día 3 de febrero hizo un día frío, pero maravilloso. Las nubes se dispersaron, y un brillante sol proyectó sus rayos sobre los picos de las montañas. El reverbero de la luz del sol y la blancura de la nieve levantaron la moral de los ingleses, aumentando su alegría la aparición de dos osos en las proximidades de la tienda. Mataron a la madre a lanzazos, huyendo el cachorro. Esto les sirvió de alimento para veinte días, pues aprovecharon unas catorce libras de carne. Pero al comer el hígado mudaron la piel, aunque Pellham, que estaba enfermo, curó con este alimento. Después empezaron a aparecer más osos, cuya carne es buena y sabrosa como la de vaca, y les aseguraron ya la comida sin tener que recurrir al venado que conservaban asado en las barricas. Asando los osos volvieron a las dos o tres comidas diarias, recobrando la fuerza y la agilidad. También aparecieron las aves que habían estado ausentes todo el invierno.

El 16 de marzo uno de los mastines salió de la tienda para no volver más. Las aves que llegan allí en primavera se reproducen abundantemente y se alimentan con pequeños peces. Aparecieron los zorros, ocultos durante el invierno en sus madrigueras bajo las rocas. Para éstos pusieron unos cepos, cebados con plumas de aves, atrapando unos cincuenta. Las aves eran torpes para levantar el vuelo desde tierra por la colocación trasera de sus patas, pero desde el agua se elevaban muy bien. También hicieron lazos con

huesos de ballenas, cazando cerca de sesenta de estas aves, del tamaño aproximado de un pichón.

El 1.º de mayo el tiempo estuvo más templado, saliendo entonces a buscar provisiones, pero no las hallaron hasta el día 24 en que acecharon a un gamo, pero el perro estaba tan gordo y lento que no pudo derribarlo. Encontraron también una gran abundancia de huevos, pero no pudieron volver a recogerlos porque el tiempo se echó a perder, y no pudieron salir de la tienda, permaneciendo en ella hasta el día 25, en que volvieron a su costumbre de subir todos los días, o los que podían, a lo más alto de la montaña para otear en el horizonte por si había aparecido algo en el mar. Ese día un temporal deshizo el hielo en el Sownd, dejando el agua clara en la orilla. Permanecieron en la tienda, y llegaron al estrecho dos barcos de Hull, con el deseo de averiguar qué había sido de ellos. Enviaron una chalupa a tierra y por la nieve llegaron hasta la tienda, viendo cómo tenían preparada una chalupa. Cogieron las lanzas que tenía, aproximándose a la tienda, donde saludaron a Thomas Ayers, que era el único que estaba fuera de ella.

Es curiosa la narración que hace del saludo, y el júbilo que produjo la llegada de los paisanos ; el deseo que tenían de saber noticias de los suyos y de su patria; cómo fueron a bordo del barco inglés, y la acogida que tuvieron, hasta que llegó la Flota de Londres, en la que esperaban a sus amigos de Inglaterra.

El 28 de mayo llegó la dicha Flota, y fueron a bordo de la almiranta, donde el capitán William Goodler les dio una gentil y generosa acogida, dándoles ropa, alimentos y todo lo que pudieran necesitar.

Estuvieron recuperándose allí catorce días, después de los cuales Goodler envió a William Fakely, John Wise, Thomas Ayers y Robert Goodfellow al barco del capitán Mason, de acuerdo con sus deseos. Este, con gran sorpresa por parte de ellos, los trató duramente, llamándoles desertores y otros

insultos que les agraviaron. Goodler, lo lamentó y envió a recogerlos. Estuvieron dedicados a la pesca de las ballenas, liberándolos de los más penosos trabajos de tierra, y mejorándoles los salarios. Así permanecieron hasta el 20 de agosto en que zarparon con el corazón jubiloso al poder regresar a Inglaterra, volviendo finalmente a anclar en el río Támesis para beneficio de los comerciantes de Moscovia que los trataron muy bien desde entonces.

JOSÉ ANTONIO CALDERÓN QUIJANO

Versión en español del «Poder y Providencia de Dios»,
por Edward Pellham en 1631

«Poder y Providencia de Dios: Demostrada, EN LA MILAGROSA Conservación y Rescate de ocho Ingleses abandonados por infortunio en Groenlandia. * Año 1630. Nueve meses y doce días.

Con una veraz Relación de todas las miserias, cambios y penalidades a que fueron expuestos, sus alimentos, etc., tal como ningún hombre Pagano ni Cristiano ha soportado nunca antes. Con una Descripción de los principales Lugares y Rarezas de aquel inhóspito y frío País.

Fielmente relatada por EDVVARD PELLHAM, uno de los ocho hombres antes mencionados.

Como también con un Mapa de Groenlandia. **

Los que penetran en el Mar en barcos; hacen negocios en vastos mares.

Estos ven las obras del Señor, y sus maravillas en el abismo.

PSAL. 107.23, 24.

LONDON, Impreso por R. Y. para IOHN PARTRIDGE, y está a la venta en el Signo del Sol. Patio de la iglesia de San Pablo 1631.

Al muy Honorable Caballero Sir HVGH HAMMERSLY, Regidor de la Ciudad de Londres, Gobernador de la Honorable Compañía de los Comerciantes de Moscovia.

* Quiero expresar aquí mi más profundo agradecimiento a las personas que supervisaron el original de mi versión castellana del *Poder y Providencia de Dios*, que aquí se publica. A mis primas Isabel Tejera Quijano y Asunción Tejera de Barzdevics, a mi sobrino James Barzdevics Tejera, y al Catedrático de Lengua Inglesa de la Universidad de Santiago de Compostela, Dr. Antonio Garnica Silva. Las sugerencias, correcciones y modificaciones introducidas por ellos en el original, han contribuido a mejorar el texto del mismo.

** Aunque dice "Greenland" hace referencia a la Isla de Spitzberge Occidental del Archipiélago de Spitzbergen.

Y al Honorable, Señor Ciudadano Regidor, Capitán William Goodler: Y a todo el resto de los Honorables Oficiales y Aventureros de la dicha famosa Compañía. Edward Pellham dedica este y sus futuros trabajos.

Muy Honorables y famosos Comerciantes:

La difícil aventura que mi propia insignificancia y la de mis compañeros llevaron a cabo al servicio de Vuestras Mercedes, es mucho más agradable para otros leerla, que fue para nosotros soportarla. A pesar de sus riesgos la hemos soportado y si en los tiempos futuros se llegase a hablar de ella (como el mundo lo hace todavía del duro invierno de los Holandeses en Nueva Zembla), de esta manera las penas del viaje redundarán en honor de vuestras mercedes, porque fue hecho por sus servidores. Esto puede también redundar en bien de nuestro País; pues si la primera ocupación de un País por los súbditos del Príncipe (que es el mejor título del Rey de España para sus Indias) significa la posesión de él para su Soberano, entonces Groenlandia por su segundo derecho ha sido ocupada y adquirida para uso de su Majestad, ya que sus súbditos fueron los primeros que habitaron allí (y creo que los últimos que lo harán).

Muy ricas recompensas pueden recibir Vuestras Mercedes, en general y los valientes aventureros en particular de este y de todos los demás lugares; y pueden sus servidores aprender estos infortunios en el futuro. Dios envíe a Vuestras Mercedes larga vida, y mucho honor, y suficiente riqueza para conservarlos ambos. Esta es la cordial súplica del pobre servidor de Vuestras Mercedes.

Edward Pellham

Al lector.

Considerado lector: Que Dios pueda tener la única gloria de esta nuestra liberación, me autoriza a recordar aquel viaje, que los Holandeses hicieron a Nueva Zembla, en el año 1596. En cuyo lugar, habiendo sido ellos (como nosotros) también, bloqueados por el invierno, se vieron obligados a permanecer allí como nosotros. Lo cual siendo una

acción tan famosa en todo el mundo, me animó a publicar esta nuestra, y también a sacar algunas comparaciones con ellos: de manera que nuestra liberación y la gloria de Dios puedan aparecer más llenas de gracia y mayores.

Nueva Zembla está en el grado 76 de latitud norte: el sitio donde invernamos está en el grado 77 y 40 minutos, que es, casi dos grados más cerca del Polo Norte de lo que ellos estuvieron; y por ello mucho más frío. Los Holandeses estuvieron abastecidos de todas las cosas necesarias para la vida y la salud y no escasearon de nada: de Pan, Cerveza, y Vino, tuvieron suficiente y más que suficiente. Tuvieron abundantes víveres y ropa tanto para vestir, como también para mudarse: y todo esto lo llevaron consigo en su barco. Nosotros (Dios lo sabe) carecíamos de todo esto. No teníamos ni Pan, ni Cerveza ni Vino. En cuanto a carne, nuestro principal y más importante alimento eran las Frituras de Ballena, y éstas además cubiertas de moho, la más repugnante carne del mundo. En cuanto a los Venados eran difíciles de encontrar, y aún más difíciles de cazar: y en cuanto a nuestra tercera clase de provisiones los osos, cuando nos veíamos ellos y nosotros nos echábamos una mirada calculando quién sería comido primero, nosotros o los Osos, según nos viéramos primeros unos a otros: y nos dimos cuenta, que ellos tenían tan fundadas esperanzas de devorarnos, como nosotros de matarlos a ellos. Los Holandeses mataron a los osos, es verdad: pero fue por sus pieles, no por su carne. Los Holandeses tenían un Cirujano en su Compañía; nosotros no, sino el gran Médico para curarnos y cuidarnos. Ellos tenían el beneficio de Bañarse y Purgarse: nosotros ni una cosa ni otra. Ellos tenían la ayuda de su barco; nosotros hubiéramos perecido aquí, si no hubiéramos tenido otros Barcos que fueron a buscarnos. Ellos tenían Cartas y Brújula, nosotros ninguna guía.

Si los Holandeses se quejaban por lo tanto de la extremosidad del frío (y con razón), y de que cuando edificaban sus casas (como los carpinteros acostumbran a hacer) ponían las puntillas de hierro en sus bocas, se helaban allí, y se les pegaban tan deprisa, que les levantaban la piel y hacían saltar la sangre; qué frío imagínense Vds. tendríamos nosotros, que estábamos necesitados de mantener dos fuegos, para evitar que nuestro mortero se helara. Los Holandeses se quejaban de que sus

muros estaban helados en una anchura de dos pulgadas en el interior a pesar del fuego: y si los nuestros no lo eran tanto, fue a causa de nuestro esfuerzo y empeño al construirlos. Los trajes de los Holandeses se helaban sobre sus espaldas, y sus zapatos eran como cuernos en sus pies: pero esto era su propia ignorancia; pues tenían suficiente carbón depositado por el mar, si hubieran sabido cómo usarlo. Si sus bebidas y vinos generosos * estaban tan helados en bloques de hielo que se vieron obligados a cortarlos cuánto más difícil fue para nosotros que tuvimos que convertir los hierros candentes de nuestras mejores parrillas para calentar con ellos la nieve para nuestras bebidas mañaneras. Ellos usaban piedras calientes y pedazos de leña para calentar sus pies y sus cuerpos, lo cual, aunque difícil, era todavía mejor que nosotros que no teníamos nada.

Añádase a todo esto, la distancia del lugar, estando nosotros muchas más millas dentro del frío que ellos: la falta de carne y vestidos, y para construir la casa en que vivíamos, tuvimos sólo tres días, para los nueve meses siguientes; y entonces puede el mundo ver que los Holandeses tenían las mejores provisiones y nosotros los cuerpos más vigorosos. Si por todo eso la salvación de los Holandeses fue tenida propiamente por un prodigio, la nuestra puede llegar a considerarse poco menos que un milagro. Cuanto más maravillosa fue nuestra salvación, mayor debe ser la gloria de Dios. Y esto es el propósito del Autor al publicarlo. Dios guarde a los lectores de peligros semejantes. Así pide el que sufrió lo que aquí escribe.

Edward Pellham

Los nombres de los Hombres que permanecieron en Groenlandia, durante nueve meses y doce días. William Fakely, Artillero, Edward Pellham, segundo Artillero, Autor de esta Relación. Iohn Wise y Robert Goodfellow, Marineros. Thomas Ayers, Cortador de ballenas, Henry Bett, Tonelero, Iohn Dawes, Richard Kellet, hombres de tierra.

* "Sach": vino generoso procedente del Sur de Europa que se exportaba a Inglaterra. Entre otros el vino de Jerez.

Poder y Providencia de Dios en la conservación de ocho Hombres en Groenlandia, nueve Meses y doce Días.

Pero nosotros teníamos la sentencia de muerte en nosotros mismos, pues no deberíamos confiar en nosotros, sino en Dios que resucita a los muertos.

Quien nos libró de tan gran muerte, y nos libra: en quien confiamos que nos librará aún.

2. Cor. I. ver. 9,10.

Groenlandia * es un País muy lejano al Norte, situado a los 77 grados, y 40 minutos, esto es a 12 grados y 20 minutos del mismo Polo Norte. La tierra es sorprendentemente montañosa, las montañas están todo el año cubiertas de hielo y nieve: las llanuras parcialmente peladas en verano. [2] Allí no crecen ni árboles ni hierbas excepto las especies Coclearia y Acedera común. El mar es tan estéril como la tierra, no abasteciendo de ningún pescado sino de ballenas, caballitos de mar, focas y otros pequeños peces. Y aquí es enviada anualmente una flota de ingleses. Nosotros ocho empleados en el servicio de la muy Honorable Compañía de los Comerciantes de Moscovia, en el buen barco llamado la «Salutation» de Londres, fuimos con destino a la mencionada Groenlandia * a hacer una campaña de ballenas o caballos de mar para beneficio de los comerciantes, y bien del Imperio. Zarpamos de Londres el primer día de mayo de 1630, y con un viento favorable, dejamos rápidamente detrás de nosotros las fértiles orillas y agradables costas de Inglaterra. Después de lo cual largando nuestras gentiles velas para este supuesto próspero viento, y costeano a través del borrascoso celaje de los tempestuosos mares, con la ayuda y graciosa asistencia del Dios Todopoderoso, llegamos bien a nuestro deseado Puerto, en Groenlandia, *

* Spitzberg Occidental del Archipiélago de Spitzbergen. Erróneamente identificado entonces con Groenlandia.

el once de junio siguiente. Después de lo cual, habiendo anclado nuestro barco, y llevado nuestras barricas a tierra con toda diligencia, bajamos a preparar nuestras chalupas, con todas las cosas necesarias para nuestro proyectado viaje. Estábamos tres barcos en compañía; todos los cuales fueron designados por orden de nuestro Capitán, el Capitán William Goodler, para permanecer en el Foreland * hasta el quince de julio; con resolución de que si no pudiéramos en ese tiempo hacer un viaje según esperábamos, enviar entonces un barco a levante, a un sitio de pesca, a unas cuatro leguas de allí; adonde a fines del año las ballenas acuden más frecuentemente. [3] El segundo de los tres barcos fue destinado a Green-harbour (un lugar distante unas quince leguas al sur) para probar allí su habilidad y fortuna, por si fuera posible hacer allí una expedición. El tercer barco (que era en el que estábamos) debía permanecer en el Fore-land * hasta el veinte de agosto. Pero habiendo hecho un gran viaje al Bell Sownd, ** el capitán despachó una chalupa a nuestro barco con orden de que fuéramos al dicho Bell Sownd: ** siendo su propósito enviarnos para recoger parte del aceite de ballena, y también reunir nuestras fuerzas, para reforzar la Flota en defensa de los géneros de los comerciantes en el regreso a casa, ya que los marinos de Dunkerke eran muy fuertes y abundaban en el mar en aquellos días. Hacia el octavo día de Agosto (por tanto) abandonando el Foreland, * dirigimos nuestro rumbo al sur, hacia Green-harbour, para recoger allí veinte de nuestros hombres, los cuales habían sido despachados en el más pequeño de nuestros barcos de conserva, para apoyo de su viaje.

Pero siendo ahora el viento contrario, nuestro barco no encontraba forma de seguir el rumbo. El día 15, estando en calma y claro, y nuestro barco ahora en alta mar, a unas cuatro leguas de Black Point, y alrededor de cinco de Mayden Pappes (que es un sitio famoso, por la gran abundancia de venados muy buenos) nuestro jefe nos envió a los ocho hombres aquí nombrados, en una chalupa para cazar y matar algunos venados para abastecimiento de los barcos. Abandonando el barco en estos términos, y llevando un par de perros con nosotros y equipándonos con un mosquetón, dos lanzas [4] y una caja de yescas;

* Cabo Sur.

** Estrecho de Bell.

dirigimos nuestro rumbo hacia la playa adonde llegamos en cuatro horas, siendo en aquella época el tiempo bueno y claro, y todos los medios a propósito para la realización de nuestras intenciones. Aquel día derribamos catorce altos y veloces ciervos; y estando muy fatigados y totalmente agotados (primero por remar y luego por cazar) empezamos a comer las provisiones que habíamos traído; acordando descansar aquella noche, y al día siguiente terminar de cazar, y regresar normalmente a nuestro barco. Pero el día siguiente, como plugo a Dios, el tiempo se puso brumoso, y mucho hielo en alta mar entre la playa y el barco (a causa de un viento sureño que lo impulsaba a lo largo de la costa), nuestro barco se vio obligado a poner proa a la mar tan lejos, para librarse del hielo, que la perdimos completamente de vista; no podíamos tener seguridad nosotros mismos de si estaba dentro del témpano de hielo o no; y cerrándose cada vez más el tiempo pensamos que lo mejor era cazar a lo largo de la costa, y así ir hacia Green-harbour, y permanecer allí a bordo del barco con el resto de nuestros compañeros, hasta que nuestro propio barco pudiera volver al puerto.

Costeando así a lo largo hacia Green-harbour, matamos ocho ciervos más; y al final habiendo llenado de venados nuestra chalupa, nos mantuvimos todavía en nuestro rumbo hacia Green-harbour: adonde llegamos el día 17, encontrando (con gran sorpresa nuestra) que el barco se había marchado de allí, junto con nuestros mencionados veinte hombres. Lo que aumentó nuestra sorpresa fue, que nosotros sabíamos [5] que ellos no tenían bastantes víveres a bordo, para abastecerlos suficientemente en el regreso: lo que nos hizo preguntarnos otra vez cuál sería la razón de su inesperada partida.

Considerando de este modo frustrada nuestra esperanza, y no teniendo ahora sino sólo tres días (según lo acordado) para la terminación del tiempo fijado para nuestra partida del país; pensamos que nuestro mejor rumbo era alcanzar a nuestro capitán con la mayor rapidez en el Bell Sownd; temiendo que un pequeño retraso podría traer un gran peligro. Para el alijo de nuestra chalupa, a fin de que pudiera darse prisa a través de las aguas, arrojamos nuestros venados por la borda, y echamos todo al mar. Habiendo de este modo abandonado Green-harbour, con un vehemente deseo de arribar al Bell Sownd

(distante desde allí unas dieciséis leguas al sur), esa noche hicimos medio camino hacia la punta del Nesse o punta de tierra llamada Low-Nesse: pero la oscuridad o niebla aumentó tan rápidamente sobre nosotros, que fue imposible seguir más allá; y allí mismo entre dos rocas nos fondeamos desde el día 17 por la noche hasta el día 18 al mediodía. A esta hora, estando el tiempo algo más claro (aunque muy brumoso todavía), dejamos el Nesse detrás de nosotros, deseosos aún de alcanzar Bell Sownd: pero careciendo de una brújula para dirigir nuestro rumbo, y no siendo ninguno de nuestra compañía suficientemente experto en el conocimiento de la tierra al verla, estábamos resignados a ir a tientas en la oscuridad (como estaba) como un ciego en su camino, y así ir más allá de Bell Point por lo menos diez leguas al Sur hacia [6] Horne Sownd. Algunos de nosotros sabiendo entretanto que era imposible aguantar tanto tiempo remando y navegando a vela ocho leguas (porque hacíamos ambas cosas, remar y navegar a vela) hicimos un reconocimiento, ¿Dónde estaba el Puerto? La respuesta fue, que estaba situado al Este. Tomando el asunto en nuestra mejor consideración, alguno de nosotros creyó que no sería posible ir más hacia el Sur (siendo la razón, nuestra observación que la tierra se dobla a lo lejos y no se vuelve al Este), después de lo cual resolvimos no remar más en aquella dirección, para llegar a Bell Sownd. Y aunque estábamos otra vez persuadidos por William Fakeley, nuestro Artillero (un buen hombre de mar, aunque no hábil marintero, que había estado en el país cinco o seis veces antes, lo que no habían estado ninguno de los restantes), que era más hacia el Sur: con todo, nosotros, confiando mejor en nuestras propias razones que en sus opiniones, regresamos hacia el norte; que era ciertamente el mejor y más directo rumbo, para el hallazgo de Bell Sownd. Navegando en dicho rumbo, llegamos entonces a dos millas de Bell Point; y siendo el tiempo bueno y claro, divisamos enseguida los picos de las altas montañas. Después de lo cual William Fakeley mirando a su alrededor nos gritó en ese momento que habíamos ido todo el tiempo por un camino equivocado: oyendo estas palabras la mayor parte de nuestra compañía estaban convencidos de dirigir por segunda vez la proa del bote hacia el Sur: cuya acción era la mayor y única causa de nuestro demasiado tardío arrepentimiento, aunque por mi propia [7] parte

(como es bien sabido) nunca di mi consentimiento a su consejo. Y así en el fatal 20 de Agosto (que era el último día de nuestro plazo de tiempo para permanecer en el país) cambiamos de nuevo el rumbo totalmente, es decir, al Sur: De este modo estábamos completamente ignorantes de cuándo y dónde encontrar el estrecho; un millar de fúnebres pensamientos acometían nuestras perplejas mentes, sabiendo todos ciertamente que un millón de miserias y de necesidades sobrevendrían si no encontrábamos los barcos, para hallar nuestro camino.

En esta enloquecedora carrera de nuestros pensamientos, **estábamos de nuevo por segunda vez tan lejos al Sur como la primera: y encontrando por toda razón, que no había probabilidad alguna de hallar algún otro sitio más al Sur, dirigimos la chalupa por segunda vez hacia el Norte.** A esto William Fakeley, estando reacio a condescender con nuestro acuerdo, aún intentó persuadirnos de que no había posibilidad de que este fuera nuestro rumbo: pero nosotros no confiamos más en sus torpes opiniones (aunque en el todo era de buena fe, y creencia firme de estar en lo cierto), cambiamos nuestro rumbo hacia el Norte; y no consintiendo él en gobernar más, le arrebaté de la mano el remo para dirigir el bote a pesar de todo. El tiempo continuaba a todo esto bueno y claro, y quiso Dios en aquel mismísimo momento, enviar el viento de levante: cuya ventaja aprovechamos gratamente largando velas enseguida.

El viento aumentó fresco y generoso, y corriendo velozmente nuestra chalupa, llegamos el día 21 [8] a Bell Point, donde encontramos viento fuera del estrecho al Este Nordeste soplando tan furiosamente, que no podíamos remar a Barlovento; pero forzándonos a recoger la vela, nos resignamos a recurrir a nuestros propios remos: con ayuda de los cuales nos aproximamos unas dos millas a la playa, adonde fuimos obligados a entrar en aquel momento en la ensenada o dirigirnos a Sotavento.

Así, encontrando que era este el sitio exacto que habíamos intentado alcanzar todo aquel tiempo (estando él ahora también de acuerdo con esto), buscamos inmediatamente y encontramos un puerto para nuestra chalupa: y habiéndola metido dentro, dos de nuestros hombres fueron enviados inmediatamente por tierra hacia la tienda en Bell Sownd, para ver si los barcos estaban allí todavía; de lo que, por haber expirado

el plazo, y la oportunidad del presente buen viento, estábamos muy intranquilos. La tienda estaba por lo menos a diez millas de distancia de nuestra chalupa y al volver nuestros hombres allí encontraron que los barcos habían partido de la rada, y no estando ciertos, si podrían o no estar en la Bottle Cove (distante tres leguas al otro lado del estrecho), navegando con el espejismo de la tierra; regresaron otra vez hasta nosotros con estas malas noticias. La tormenta de viento continuaba aún, hacia la media noche vino una pesada calma; así que sucedió esto, nosotros, que no queríamos perder nuestra primera oportunidad, partimos hacia la Bottle Cove, entre la esperanza y el temor de encontrar los barcos allí; dondequiera que llegando el 22 y encontrando que los barcos se habían marchado, no teniendo nosotros piloto, plano ni brújula para nuestras direcciones hacia el este, nos encontrábamos (Dios lo sabe) con poca esperanza [9] de alguna salvación fuera de aquel evidente peligro. Nuestros temores aumentaron, aún más mientras considerábamos si sería más seguro irnos o quedarnos. Si nos íbamos pensábamos entonces en los peligros de navegar, a causa del mucho hielo que había en el camino; como también en la dificultad de encontrar el sitio, por adonde debíamos ir. Si decidíamos permanecer todavía en Bell Sound, pensábamos entonces que nada podía esperarse sino una miserable y lánguida muerte, viendo que no había posibilidad de habitar allí, o resistir un invierno tan largo, tan oscuro y tan amargo.

Y así fueron enloquecedores nuestros pensamientos en este tiempo, así fueron aumentando nuestros temores; y no fueron éstos totalmente infundados. Bien, nosotros sabíamos que ni Cristianos ni Paganos habían habitado nunca antes aquellos desolados y destemplados climas. Esto además, para aumentar aún más nuestros temores, habíamos oídos ciertamente, cómo los comerciantes habiendo aspirado a ello en tiempos pasados, y con ofrecimientos de grandes recompensas por la exposición de sus vidas, y de suficiente suministro y aprovisionamiento de todas las cosas que podían ser consideradas necesarias para tal empresa, a cualquiera que quisiera aventurarse a invernar en aquellos lugares; no habían encontrado aún a ninguno tan intrépido como para exponer sus vidas en una empresa tan arriesgada: ciertamente, sin embargo, estas propuestas habían sido hechas a marineros de buena experiencia, y de nobles resoluciones, y también a otros distintos espíritus audaces; con

todo, la acción de invernar en aquellas partes, nunca había sido emprendida hasta ahora. También habíamos oído nosotros esto: cómo la Compañía de los Comerciantes de Moscovia [10] había alcanzado una vez el indulto de algunos malhechores, que estaban convictos por la ley de haber cometido algunos graves crímenes; y que ambos con promesa de perdón por sus faltas y también con el aumento de recompensas, si ellos hubieran intentado permanecer en Groenlandia un año entero, y que también provistos por todos los medios de vestidos, víveres y todas las demás cosas que puedan en cualquier caso ser indispensables para su pervivencia, estos pobres diablos, sabiendo de su gran propuesta, y temiendo la inmediata ejecución en su país resolvieron hacer una tentativa a la aventura. Habiendo llegado la época del año, y los barcos listos para partir, estas criaturas condenadas fueron embarcadas, los cuales llegados allí después de un cierto tiempo y viendo la desolación del sitio; concibieron tal horror y temor dentro de sus corazones, que resolvieron mejor regresar a Inglaterra para dar satisfacción con sus vidas por las anteriores faltas cometidas, que permanecer allí, aunque con segura esperanza de ganar el perdón. De modo que habiendo llegado la época del año, en que los barcos estaban para partir de aquellas inhóspitas playas, hicieron saber su propósito al capitán, el cual como un caballero compasivo y humano no quiso obligarlos por la fuerza a quedarse en aquel sitio, que era tan contrario a sus propósitos; pues habiendo hecho su viaje, al terminar la estación los embarcó de nuevo, y los trajo con él a Inglaterra; donde, por la intercesión y medio de la Honorable Compañía de los Comerciantes de Moscovia, escaparon de aquella [11] muerte, a la que habían sido anteriormente condenados. El recuerdo de estas dos anteriores historias, como también de una tercera (más terrible que las dos anteriores, porque era verosímilmente nuestro propio caso) nos aterrorizaba ahora más desdichadamente, y ese fue el lamentable e indigno fin de nueve buenos y expertos hombres, dejados en el mismo lugar antaño por el mismo patrón que ahora nos dejaba atrás, los cuales murieron todos miserablemente en el lugar, siendo cruelmente desfigurados después de muertos por los salvajes osos y hambrientos zorros, que no son sólo los más civilizados, sino también los únicos habitantes de aquel incómodo país. El lamentable final y

extravío de los cuales había sido ciertamente suficiente para haber intimidado los ánimos de la más noble resolución.

Todos estos pavorosos ejemplos, presentándose ante nuestros ojos, en este sitio de Bottle Cove, antes mencionado, nos hizo, como hombres absortos permanecer mirándonos unos a otros, todos como si estuviéramos contemplando en el presente, las futuras calamidades de uno mismo y de sus compañeros. Y de este modo, como hombres ya transformados en el hielo del país, y ya más allá de nuestro sentido y razón; estábamos con ojos de compasión mirándonos los unos a los otros.

No fue sólo el ejemplo de extravíos y temores de otros hombres, lo que nos dejó estupefactos, sino la consideración de nuestra carencia de toda provisión necesaria para la vida humana, lo que ya nos angustiaba el alma: porque no sólo estábamos desprovistos de ropa para nuestro abrigo, y de alimentos para evitar el furor del hambre cruel: sino que estábamos además totalmente faltos de una casa suficiente donde guarecernos [12] y resguardarnos del frío helador. De este modo estando un rato todos mudos y silenciosos, sopesando en nuestro interior las miserias en que ya habían caído, y sabiendo que el retraso en estas extremidades es la madre de todos los peligros, empezamos a concebir esperanza aun desde el abismo de la desesperación. Despertando así nuestros entumecidos sentidos, expusimos entonces juntos juicios y deliberaciones para considerar el más apto medio para nuestra supervivencia en aquel lugar; viendo que toda esperanza de conseguir nuestro viaje a Inglaterra se había frustrado completamente. Desechando por esto todo temor pueril o afeminado, quiso Dios darnos corazones como hombres, dotándonos de decisión para poder resistir a aquel monstruo de desesperación. Después de lo cual celebramos un acuerdo con general consenso de toda la Compañía, de aprovechar la oportunidad del primer buen tiempo, e ir a Green-harbour a cazar y matar venados como parte de nuestra provisión de invierno.

Habiéndolo acordado así entre nosotros, el veinticinco de Agosto, estando buenos el tiempo y el viento, dirigimos nuestro rumbo hacia Green-Harbour, distante unas dieciséis leguas (como les dije antes) de Bell Sownd, y siendo viento fresco y bueno, llegamos allí en doce horas. Habiendo desembarcado en este lugar, lo primero que hicimos,

fue construirmos una tienda con la vela de nuestra chalupa, plantada y desplegada sobre nuestros remos; aunque de aspecto triste (Dios lo sabe), pero aun siendo esto así, resolvimos descansar aquella noche y reponer nuestros cuerpos con los alimentos [13] que teníamos allí, y al día siguiente volver otra vez a nuestra caza. El tiempo aquella noche, habiendo sido bueno y claro, hizo nuestro sueño más corto (y ¡ay! lo que los hombres podrían dormir en aquel atolladero!), y equipándonos nosotros y la chalupa lo mejor que pudimos, fuimos a Coles Parke, un lugar distante unas dos leguas de nosotros, y que como bien sabía Thomas Ayers, que era uno de nuestra Compañía, estaba bien abastecido de venados. Desembarcados en aquel sitio, aunque no encontramos tantos ciervos como en verdad esperábamos, no obstante matamos siete en el día, y por añadidura cuatro osos, los cuales también intentábamos comer. Pero empezando entonces el día a nublarse, y no pareciendo probable continuara bueno para la caza; regresamos aquella noche a Green-harbour: donde levantando una tienda con nuestra vela y remos (como se describió antes), nos lanzamos sobre aquella carne que Dios nos había mandado, y nos fuimos a descansar después de ello. Habiendo descansado un rato y viendo que el tiempo abría, interrumpimos nuestro sueño a esa hora, equipándonos otra vez con dos perros para ir a cazar; dejando durante este tiempo a William Fakely y a Iohn Dawes en la tienda en Green-harbour, como cocineros improvisados para condimentar alguna carne de la que teníamos para nuestro refrigerio al regreso.

Partiendo así de nuestra tienda, remamos hacia Coles Park, en cuyo camino, en la ladera de una colina en la costa, descubrimos siete ciervos comiendo, en vista de lo cual desembarcamos enseguida en la playa, y matamos seis de ellos con nuestros perros, después de lo cual, nublándose el cielo otra vez, consideramos entonces poco [14] a propósito ir más lejos, pero decidimos cazar a todo lo largo de la ladera de aquella colina, y volver de noche a nuestra tienda. Siguiendo nuestro camino matamos seis ciervos más; y no habíamos acabado de hacer esto cuando empezó a ventear y a llover, y a estar muy oscuro: por lo cual corrimos hacia la tienda, procurando reponernos allí con los víveres y con el descanso de aquella noche, y volver al día siguiente otra vez a nuestra caza. El mal tiempo dificultó al día siguiente este

propósito, pues se puso tan negro, tan frío y tan ventoso, que no encontramos forma adecuada para nuestro plan. Cargando así nuestra propia chalupa con osos y venados, y otra chalupa que encontramos allí tirada y abandonada por la Compañía de Barcos, como suelen hacer todos los años; cargando esta otra chalupa, digo, con los huesos de las ballenas que habían sido cocidas este año (que nosotros encontramos allí en montones abandonados en el suelo), nos dividimos en dos grupos iguales, es decir, William Fakely con un marinero y dos paisanos con él, se fueron en una chalupa, y Edward Pellham con otro marinero y dos paisanos más con él, fueron en la otra; todos nos metimos en el mar intentando ir a nuestra tienda a Bell Sownd con el buen tiempo próximo que era el lugar que preparamos para nuestro descanso y permanencia durante todo el invierno.

Consiguientemente fuimos hacia Bell Sownd, con el propósito de almacenar el acopio de provisiones de boca que habíamos reunido; y cuando el [15] viento volviera a ser favorable intentar, si fuera posible, abastecernos de algunos venados más para nuestra provisión de invierno.

Habiendo así cargado ambas canoas, designado nuestro grupo y todo preparado ya para nuestra partida, fuimos sorprendidos por la noche y obligados a permanecer en el lugar. Al día siguiente era domingo; por lo que consideramos adecuado santificar su descanso, y permanecer allí hasta el lunes, y hacer el mejor uso que pudiéramos de aquel día santo, cumpliendo lo mejor que pudimos el servicio de Dios Todopoderoso; aunque no tuvimos entre todos, ni siquiera una Biblia durante todo el tiempo que permanecimos en aquel país.

Habiendo acabado completamente el «Sabath» por la proximidad de la noche nos entregamos al descanso: durmiendo hasta que el sol nos despertó al empezar a lucir en la mañana del lunas. No bien había despuntado el día cuando ya nos habíamos levantado, aprestándonos y ocupándonos de nuestra partida. El tiempo fue bueno y claro al principio; pero después de unas cuatro horas de remar, el cielo empezó a nublarse y el viento a soplar tan fuerte, que no teníamos posibilidad de alcanzar Bell Sownd aquella noche, sino anclar a medio camino, hasta la próxima mañana; a cuya hora llegamos a Bottle Cove. Una vez que llegamos a este sitio, encontramos el viento (entonces al suroeste) so-

plando tan fuerte, que nos fue imposible alcanzar Bell Sownd, siendo obligados a permanecer en Bottle Cove aquella noche. Amarramos nuestras chalupas con una cuerda, una a la otra, amarrando la proa de una a la popa de la otra; y así arrojando nuestro rezon [16] o ancla al agua, las dejamos fondeadas en la cala.

Pero vea, ahora qué infortunio, para prueba de nuestra paciencia, y para hacernos confiar más en su providencia, que en cualquier medio visible propio, nuestro Dios toleró que nos sucediera estando entonces todos nosotros en tierra, el viento suroeste sopló tan fuerte y directo en la ensenada, que hizo subir el mar; soltándose las anclas al propio tiempo que nuestras dos chalupas eran lanzadas contra la playa, y se hundían luego en el mar, mojándose de esta forma toda nuestra provisión, y arrojando además parte de ella fuera de los botes que nosotros encontramos flotando a lo largo de la orilla. Porque, al salir mientras tanto de nuestra tienda, juzgue Vd. cuál fue la impresión de esto para nosotros, al ver por desgracia, la mejor parte de nuestras provisiones (la única esperanza de nuestras vidas) que estaban en sumo peligro de perderse (o al menos de estropearse con el agua del mar), y por cuya consecución nosotros nos habíamos afanado y corrido tales riesgos. En nuestra miseria no vimos sino un camino (y ese muy desesperado) a saber, meterse de cabeza inmediatamente en el agitado mar, alcanzando por todos los medios nuestras chalupas para salvar el remanente de nuestras provisiones, con peligro de ser despedidas de los botes por los golpes de mar. Después de lo cual cogimos un ronzal, amarrándolo a nuestras chalupas con un cangrejo o cabrestante, y principalmente con la fuerza de las manos lo levantamos fuera del agua sobre la playa. Hecho esto, fuimos a todo lo largo de la orilla; buscando y recogiendo todas nuestras provisiones, que habían sido arrojadas de nuestras chalupas. Habiendo rebuscado por este medio [17] todo lo que podíamos reunir, resolvimos de allí en adelante dejar nuestros botes en la playa, hasta el momento en que el tiempo mejorara y se mostrara más a propósito, ir entonces a Bell Sownd.

El tres de septiembre mostrándose el tiempo bueno y tranquilo, echamos nuestras chalupas al agua sin dilación, y fuimos aquel día en ellas a Bell Sownd. Tan pronto como llegamos allí, nuestra primera ocu-

pación fue llevar las provisiones de las chalupas a la tienda; la siguiente tomar idea concreta del sitio, y especialmente de la gran tienda; porque sería nuestra morada durante el próximo invierno. Esto que nosotros llamamos la Tienda, era verdaderamente una especie de casa construida muy sólidamente con palos y tablas, y cubierta con azulejos flamencos por los hombres de aquella nación en tiempos de su comercio allí. Era de sesenta pies de largo y cincuenta de ancho. Había sido hecha por los toneleros empleados en el servicio de la Compañía, para trabajar, alojarse, y residir todo el tiempo que hacían los barriles, para envasar el aceite de ballena. Habiéndola visto, y viendo que el tiempo empezaba a mudar tan sorprendentemente, y las noches y heladas a aumentar tanto, no nos atrevimos a hacer otra expedición de caza a Green-harbour, temiendo que el Sownd estuviera tan helado, que no pudiéramos nunca volver a nuestra Tienda. Pensar en volver por tierra (lo sabíamos) era inútil, porque el terreno es tan montañoso, que no es transitable por aquel camino.

Habiéndonos sucedido estas cosas, pensamos [18] construir otra pequeña Tienda con toda urgencia, cuyo emplazamiento debía estar necesariamente dentro de la Tienda mayor. Por esta razón con el mejor sentido, echamos una ojeada al sitio, y nos decidimos por el lado Sur. Derribamos para esto otra tienda menor (construida de tierra por los hombres cerca de la otra, y donde descansaban en la época del año en que fabricaban el aceite) y sacamos los materiales de ella. Aquella Tienda nos suministró 150 tablas, además de postes o puntales y traviesas. De tres chimeneas de los hornos, donde ellos acostumbraban a hervir el aceite, sacamos un millar de ladrillos. Encontramos también allí tres barricas de muy buena cal, de cuyo material conseguimos también otra barrica en Bottle Cove, al otro lado del Sownd, a una distancia de unas tres leguas. Mezclando ésta cal con la arena de la playa, hicimos un excelente mortero para la colocación de nuestros ladrillos, después de lo cual nos pusimos a trabajar. El tiempo era tan extremadamente frío, que nos tuvimos que disponer a hacer dos fuegos para evitar que la mezcla se helase. William Fakely y yo nos hicimos cargo de la albañilería, y empezamos a levantar un muro de un ladrillo de grueso, adosado a los tablones interiores del lado de la tienda. Mientras estábamos colocando estos la-

drillos el resto de los compañeros de nuestro grupo se dedicaban cada uno a otra tarea. Unos al derribo, otros a limpiar y traer los ladrillos en cestas a la tienda, algunos a hacer mortero y cortar tablas con que construir también el otro lado, y otros dos desollaban durante este tiempo los venados. Y así, habiendo construido los dos lados exteriores de la tienda [19] con ladrillos, y mortero, y habiéndosenos acabado los ladrillos nos vimos obligados a construir los otros dos lados con tablones; y de esta forma, primero clavamos nuestros tablones a un lado de los postes o puntales, del grueso de un pie; y al otro lado de la misma manera y rellenando así el hueco con arena, se hizo tan hermético y caliente, que ni el menor soplo de aire podía molestarnos. El respiradero de nuestra chimenea estaba en la tienda mayor; siendo su anchura de una tabla, y cuatro pies de largo. La longitud de nuestra tienda era de veinte pies, y el ancho dieciséis, la altura diez. Nuestra impresión era, que siendo los tablones cinco o seis veces dobles, unida la mitad de uno tan próxima al cierre del otro, que ningún viento podría posiblemente penetrar entre ellos. En cuanto a la puerta, además de hacerla tan ajustada como fuera posible para poderla cerrar, la revestimos con una cubierta que encontramos allí, y que la cubría tanto al abrirla como al cerrarla. En cuanto a las ventanas no hicimos ninguna, de manera que la luz entraba a través de la tienda mayor, apartando dos o tres tejas en las bóvedas, cuya luz llegaba a nosotros a través del respiradero de nuestra chimenea. El trabajo siguiente fue hacer cuatro cabañas, alojándonos de dos en dos en cada cabaña. Nuestras camas eran las pieles de ciervos disecadas, que encontramos extraordinariamente calientes, y era una forma muy confortable de abrigarnos en nuestra desgracia. La siguiente preocupación fue encender fuego para preparar con él la carne, y para mantenernos protegidos del frío. Examinando para esto todas las chalupas que habían sido abandonadas en la playa por los barcos [20] encontramos siete de ellas muy desvencijadas, y no aprovechables para el próximo año. Nos decidimos por esto a deshacerlas, y llevarlas a nuestra casa poniéndolas sobre las vigas en forma de suelo; procurando apilar también el resto de la leña sobre ellas, tanto para calentar más la tienda exterior como para resguardarla de la nieve que cayera a través

de las tejas dentro de ella: que de otro modo hubiera cubierto todo y nos hubiera dificultado la salida. Como el tiempo se iba haciendo ahora más frío, y los días más cortos (o mejor dicho no había días), nos atrevimos a desfondar un casco vacío que habían dejado allí el año anterior, de unas 100 toneladas por lo menos. Aprovechamos también algunos tablones y dos viejos recipientes (en los que ellos enfriaban el aceite) y todo lo que pudimos utilizar, sin perjuicio del viaje del año próximo. Así habiendo reunido toda la leña que pudimos cortar, sin estropear las chalupas y enfriadoras que estaban allí, porque hubieran perjudicado el viaje del año próximo, con gran daño de la Honorable Compañía, de la que nosotros éramos servidores, y que por todos los medios cuidábamos de beneficiar. Considerando la pequeña cantidad de madera que teníamos en comparación con la frialdad de la temperatura y la duración del tiempo que probablemente tendríamos que permanecer allí, pensamos utilizar nuestro repuesto tan sobriamente como pudiéramos, discurriendo probar una nueva solución: nuestro experimento fue éste. Cuando avivábamos el fuego por la noche, con una buena cantidad de cenizas y de rescoldos, metíamos dentro de ellos [21] un pedazo de madera de olmo; que al cabo de dieciséis horas, al descubrirlo formaba un gran rescoldo de fuego, por lo que lo hacíamos habitualmente. Nunca se apagó en ocho meses aproximadamente.

Habiendo de este modo provisto nuestra casa y fuego, sobre el doce de septiembre una pequeña cantidad de témpanos de hielo entraron moviéndose de un lado para otro en el Sownd. A la vista de ellos, nos levantamos, por la mañana temprano mirando afuera por doquier. Finalmente, divisamos dos caballos marinos durmiendo sobre un pedazo de hielo. Inmediatamente después de lo cual, cogimos un viejo arpón que estaba en la tienda, y amarrándolo con una soga de ancla, botamos nuestros botes para remar hacia ellos. Aproximándonos algo, vimos que estaban completamente dormidos, lo cual yo vi primero, pues gobernaba entonces el bote, y dije a los remeros que pararan sus remos, por miedo a despertarlos con el estrépito del hielo, y yo, finalmente, llegué bogando tan cerca de ellos, que las chalupas, hasta tocaron a uno. En cuyo momento William Fakely teniendo preparado su arpón, lo arrojó tan fuerte al más viejo, que interrumpió completamente su descanso; después de

lo cual al recibir cinco o seis lanzadas de nuestros arpones cayó en el más profundo sueño de muerte. Habiendo así despachado al viejo, siendo el joven reacio a abandonar el peligro, continuó nadando tanto tiempo alrededor de nuestro bote, que con nuestras lanzas lo matamos también a él. Echándolos después de esto dentro del bote, remamos a una playa, desollamos nuestros caballos-marinos, y los cortamos en pedazos para asarlos, y comerlos. El diecinueve del [22] mismo mes vimos otros caballos marinos durmiendo también del mismo modo sobre varios pedazos de hielo; pero estando el tiempo frío, no querían dormir tanto como antes, y por eso sólo pudimos matar a uno de ellos, por lo cual muy contentos, regresamos a nuestra tienda.

Las noches en esta época, y el tiempo frío aumentaban tan rápidamente sobre nosotros, que perdimos toda esperanza de conseguir algún otro alimento antes de la próxima primavera. Nuestras únicas esperanzas eran matar un oso de cuando en cuando que pudiera por casualidad vagar por aquel rumbo. Por eso al día siguiente, haciendo un más preciso reconocimiento de todas nuestras provisiones, y encontrando que sólo teníamos la mitad de lo necesario para nuestro tiempo y compañía; acordamos entre todos llegar al racionamiento, que era reducirnos a una razonable comida al día, y observar los miércoles y viernes como días de ayuno; excepto de las Frituras o Chicharrones de Ballena * (una carne muy repugnante), de la cual conservamos lo suficiente para satisfacer nuestra hambre presente: y con esta dieta continuamos unos tres meses aproximadamente.

Habiendo agotado en este tiempo cualquier cosa que pudiéramos haber ideado para nuestra conservación en aquel desolado desierto nuestros vestidos y zapatos estaban también tan usados y rotos (casi todos a pedazos) que tuvimos necesidad de discurrir algún nuevo invento para sus reparaciones. Por eso nos hicimos hilo de las cuerdas y además, agujas de huesos de ballena para coser nuestros vestidos. Las noches habían alargado mucho, y por el diez de octubre el frío era tan intenso, que el mar estaba congelado, lo cual hubiera sido bastante

* Estos eran los despojos de la grasa de ballena, la cual se tira después que se extrae de ella el aceite.

para haber intimidado [23] la decisión del más audaz. En cuyo tiempo terminamos ya nuestros asuntos y sin nada sobre que ocupar nuestras mentes, nuestros cerebros empezaron ahora a estar preocupados con miles de especies de pensamientos. Entonces tuvimos ocio (más que suficiente) para lamentarnos de nuestras miserables condiciones presentes. Entonces tuvimos tiempo para llorar a nuestras esposas e hijos en casa; y para imaginar qué noticias de nuestro infortunado extravío les llevarían a ellos. Entonces pensamos también en nuestros padres, y qué desgarrador sería para ellos saber de la prematura muerte de sus hijos.

Otras veces nos consolábamos con la espera de nuestros amigos, si Dios quería conservarnos (aun en este pobre estado) hasta el próximo año. Algunas veces variaban nuestras aflicciones, lamentándonos primero de la crueldad de nuestro capitán, que permitió abandonarnos a tales desventuras; y enseguida volvíamos otra vez, no sólo a excusarlo, sino a lamentarnos por él y por su compañía, temiendo que hubieran sido atrapados por el hielo, y perecido desgraciadamente, de esa manera.

De este modo atormentada nuestra mente con dudas, temores y congojas; y nuestros cuerpos con hambre, frío y necesidades; ese horrible monstruo de la desesperación, empezaba ahora a presentarnos su más repugnante aspecto. Unas veces nos perseguía, otras trabajaba para apoderarse de nosotros, encontrándonos de este modo en una especie de laberinto de perpetua miseria, pensamos no era lo mejor dar demasiado pábulo a nuestras aflicciones; temiendo que ellas pudieran confirmarnos al máximo en nuestra debilidad. Redoblamos entonces nuestras súplicas [24] al Todopoderoso, para pedir fuerza y paciencia en estas nuestras miserias, y el Señor graciosamente nos oyó, y concedió nuestras peticiones. Por eso, por su auxilio deseamos esos pensamientos y cobramos ánimo otra vez, para emplear los mejores recursos para nuestra salvación.

Por esto empezamos a pensar en nuestros venados y en su conservación, y cómo disponer la leña en este tiempo frío. Por temor a que nuestro combustible nos faltara al final del año, pensamos asar cada día medio ciervo, y meterlo en barricas, lo cual pusimos en práctica, llenando inmediatamente tres barricas y media; dejando tantos desolla-

dos como fueran necesarios para asar cada sábado un cuarto, y del mismo modo para Navidad.

Habiendo llegado a esta determinación, volvimos de nuevo a recordar nuestras miserias, tanto las pasadas como las que habían de venir, y cómo (aunque Dios quisiera y debiera darnos vida) vivíamos entonces, como hombres proscritos, no sólo por nuestros amigos, sino por toda otra compañía. Entonces pensábamos en el frío opresor y en el hambre dolorosa; estos eran nuestros pensamientos, este nuestro discurrir, para pasar el tiempo. Pero como si toda esta miseria hubiera sido demasiado poco, encontramos en breve otro aumento de ella, porque al examinar otra vez nuestras provisiones, vimos que todas las frituras de ballena estaban casi incomibles por la humedad que habían cogido, además de que, por haberlas puesto juntas, estaban cubiertas de moho. Y comprendimos otra vez que nuestros osos y venados no llegaban a tal cantidad, como para permitirnos cinco comidas [25] semanales: nos resignamos a limitar nuestros estómagos en una comida más; así que por espacio de tres meses después de aquello, nos alimentábamos cuatro días a la semana de las fétidas y enmohecidas frituras, y los otros tres, los festejábamos con carne de oso y venado. Pero por si no fuera bastante para nosotros carecer de carne, empezamos ahora también a carecer de luz; todas nuestras comidas parecían ahora cenas, por la poca luz que podíamos ver; aun el glorioso sol (como si no quisiera contemplar nuestras miserias) nos ocultaba su hermosa cara bajo el oscuro velo de la noche negra como el carbón. Así, desde el catorce de octubre hasta el tres de febrero, no vimos más el sol, ni en todo este tiempo no hizo más que asomarse sobre el horizonte. Pero la luna la vimos siempre, día y noche (cuando las nubes no la tapaban) luciendo tan clara como en Inglaterra. El cielo, ciertamente, estaba mucho más revuelto con el espeso y negro tiempo del invierno, así que entonces no podíamos ver la luna, ni podíamos distinguir qué dirección nos señalaba la brújula. Ciertamente teníamos una especie de luz del día, que se vislumbraba unas ocho horas cada día; quiero decir en Octubre, desde entonces hasta el primero de diciembre, esa luz fue aun disminuyendo constantemente diez o doce minutos cada día, así que desde el primero de diciembre hasta el veinte no apareció luz ninguna, sino

todo era noche continua. Todo lo que pudimos percibir era, que en la estación clara de vez en cuando aparecía un pequeño resplandor blanco, como alguna apariencia de día hacia el Sur, pero nada en absoluto de luz. Y esto continuó hasta el primero de enero, en cuyo mes [26] pudimos apreciar que el día aumentaba un poco. En todo este oscuro período, no podíamos tener certeza de cuándo debería ser de día, y cuándo de noche. Sólo yo, con mi propio modesto discernimiento hacia la observación de ello de este modo: primero teniendo presente el número de la Epacta, hice la suma de un supuesto día (aunque no absolutamente conocido, a causa de la oscuridad) por el cual yo estimaba el período de la luna, y esto me daba la regla del transcurso del tiempo; así que en la venida de los barcos al puerto, les dije el mismo día del mes tan exactamente como ellos mismos me lo pudieron decir a mí.

Al comienzo de este oscuro y fatigoso tiempo, buscamos algunos medios de conservar la luz entre nosotros, encontrando para eso un pedazo de lámina de plomo en una junta de uno de los recipientes que arrancamos, e hicimos tres lámparas de ella que alimentábamos con el aceite que encontramos en la tienda de los toneleros, y la cuerda que nos servía de pabilo, la manteníamos continuamente ardiendo. Y esto era un gran alivio para nosotros en nuestra necesidad. Así hicimos lo mejor que pudimos para subsistir; pero todo esto no nos podía dar seguridad, porque nosotros, en nuestros propios pensamientos, nos considerábamos como hombres muertos, y nuestra tienda era entonces nuestro oscuro calabozo, no hacíamos sino esperar nuestro día del juicio por nuestro juez, para saber si viviríamos o moriríamos. Siendo tantas nuestras calamidades hacíamos a veces impacientes discursos para arremeter contra los causantes de nuestras desgracias; pero entonces de nuevo nuestras conciencias nos hablaban de nuestro propios malos merecimientos y lo tomábamos o como un castigo [27] por nuestras perversas vidas anteriores; o como una manifestación de la misericordia de Dios, para nuestra maravillosa salvación. Humillándonos pues bajo la poderosa mano de Dios, nos arrodillábamos ante él en oración, dos veces al día, cuya costumbre, mantuvimos constantemente todo el tiempo de nuestra desventura. El nuevo año empezó, cuando los días empezaron a alargarse, y el frío empezó a incrementarse; y llegó finalmente

a tal extremo que se levantaban ampollas en nuestra carne, como si hubiéramos sido quemados con fuego, y si tocábamos hierro alguna vez, se nos clavaba en los dedos como liría. Algunas veces si salíamos fuera a buscar un poco de agua, el frío nos mordía de tal forma, que nos hacía como llagas, como si hubiéramos sido golpeados de forma cruel. Toda la primera parte del invierno encontramos agua bajo el hielo que estaba sobre el cauce del arroyo en la playa. Este agua brotaba de una alta bahía o escollera de hielo, y entraba en el cauce con una gruesa capa de hielo sobre ella. Este hielo, lo rompíamos nosotros diariamente con piquetas en un mismo sitio, tomando toda el agua que necesitábamos para nuestro consumo.

Esto sucedió hasta el diez de enero, y entonces lo cambiamos por el agua-nieve; que nosotros fundíamos introduciéndole hierros calientes. Y este fue nuestra bebida hasta el veinte de mayo siguiente.

A fines de enero, aumentaron los días hasta unas siete u ocho horas, y entonces vimos otra vez nuestras provisiones; que encontramos ahora [28] habían disminuido tanto que no había forma de que nos duraran más de seis semanas. Y esto produjo entre nosotros un nuevo temor al hambre. Pero nuestro remedio estaba en esto, como en otras necesidades, en el Dios Todopoderoso; que nos había ayudado, nosotros lo sabíamos, aunque hubiéramos perdido la esperanza. Y así pasamos los días hasta el tres de febrero. Este se presentó como un maravilloso día frío, aunque bueno y claro, hacia el medio del cual, todas las nubes completamente dispersas, y descornado el negro velo de la noche; la aurora con su cara dorada nos sonreía una vez más, al levantarse de su lecho, porque ahora el glorioso sol, con sus brillantes rayos, empezaba a dorar los más elevados picos de las altas montañas. La luz del sol y la blancura de la nieve juntos eran capaces de revivir hasta a un espíritu moribundo. Pero para aumento de nuestra alegría, pudimos ver dos osos (una hembra con su cachorro) acercándose a nuestra tienda: en vista de lo cual cogimos inmediatamente nuestras lanzas, y salimos de la tienda a esperar su venida. Ella nos echó pronto encima sus voraces ojos; y con la expectativa de devorarnos se aproximó lo más posible a nosotros, pero con nuestras robustas lanzas le dimos tal bienvenida, que cayó al suelo dando tumbos arriba y abajo, y mordiendo

de coraje la propia nieve. El cachorro, al ver esto, huyó de nosotros con rapidez. La temperatura era ahora tan fría que no fuimos capaces de permanecer más tiempo afuera, volviendo por ello a nuestra tienda, donde primero nos calentamos; y luego salimos fuera otra vez para cobrar el oso muerto. Lo desollamos, lo partimos en pedazos [29] de unas 14 libras aproximadamente, que nos sirvieron para nuestras comidas. Y de este oso nos alimentamos unos veinte días; porque tenía muy buena carne, y mejor que la de nuestros venados. Sólo tuvimos una desgracia con ello. Fue que al devorar su hígado, nos despellejamos. En cuanto a mí que estaba enfermo desde antes, al comer de aquel hígado, aunque me despellejé, recobré sin embargo la salud. Una vez consumido el oso, o teníamos que buscar otra carne, o dar cuenta del venado asado en la barrica, lo cual estábamos muy reacios a hacer por temor a morirnos de hambre, si ocurriera que lo consumiéramos antes de que la Flota viniera de Inglaterra. Mientras teníamos estos temores plugo a Dios enviar varios osos a nuestra tienda; unos cuarenta por lo menos, según nuestras cuentas. De los cuales matamos siete: es decir, el dos de marzo uno; el cuatro otro; y el diez, un maravilloso oso grande, por lo menos de seis pies de altura. Todos los cuales los desollamos y asamos sobre el asador de madera (no teniendo mejor batería de cocina que ésta, y una sartén, que encontramos en la tienda). Ellos tenían tan buena y sabrosa carne, como podría tenerla cualquier vaca. Habiendo así tomado buena provisión de tal alimento, no nos mantuvimos ahora con tan limitada ración como antes; sino que comíamos frecuentemente, dos o tres comidas por día, que empezaron a aumentar la fuerza y agilidad de nuestro cuerpo.

Con esto, los alegres días aumentaban tan deprisa, que las diversas clases de aves, que habían desaparecido de aquellas regiones durante todo el tiempo del invierno, empezaron ahora otra vez a acudir allá a su residencia de verano. El dieciséis de marzo, uno de nuestros perros mastines salió [30] de nuestra Tienda por la mañana, y desde entonces, nunca más volvió con nosotros, ni supimos más de él. Las aves de las que hablé antes, emplean constantemente todo el tiempo de primavera para acudir a aquella costa, acostumbrando a reproducirse abundantemente allí. Su alimento es una cierta clase de pequeños peces. Anualmente sobre la

abundante venida de estas aves, los zorros que se habían ocultado todo el invierno en sus madrigueras, bajo las rocas, empezaron a salir fuera, y a buscarse la vida. Para ello montamos tres trampas como las de los ratones, y las cebamos con las plumas de estas aves, que nosotros habíamos encontrado en la nieve; ellas caían allí en su vuelo desde la colina, donde criaban, hacia el mar. Porque estas aves, siendo aproximadamente del tamaño de un pato, tenían las patas colocadas tan cerca de la rabadilla que cuando se posan una vez sobre la tierra, les resultaba muy difícil (si pudieran) levantarse de nuevo, a causa de la mala colocación de sus patas, y el peso de sus cuerpos; pero estando en el agua, se levantaban muy bien con las alas. Una vez puestos estos cepos en la nieve, separados unos de otros, cogimos cincuenta zorros con ellos: todos los cuales los asamos, y encontramos muy buena su carne. Entonces tomamos pieles de oso, y poniendo el lado de la carne hacia arriba, hicimos lazos de hueso de ballenas con los cuales cazamos alrededor de 60 de estas aves, del tamaño aproximado de un pichón.

Así continuamos hasta el primero de mayo; y el tiempo iba siendo más templado; estábamos ahora dispuestos para salir fuera a buscar más provisión. [31] Por eso cada día salíamos; pero a pesar de todo no pudimos encontrar nada hasta el 24 de mayo; en que estando al acecho de un gamo, creímos poder matarlo con nuestro perro, pero se había puesto tan gordo y lento que no podía derribar al ciervo. Buscando por eso más allá, encontramos abundancia de huevos de Willock * (que es un ave del tamaño de un pato) de cuyos huevos aunque había una gran reserva, no obstante no estando sino dos de nosotros juntos, no trajimos sino treinta aquel día a la Tienda; pensando el próximo día ir a traer un millar más de ellos: pero el día se presentó tan frío, con tanto viento del este, que no pudimos salir de la Tienda.

Permaneciendo por eso en casa el 25 de mayo, faltamos ese día a nuestra ordinaria costumbre. Dicha costumbre (desde el buen tiempo) era, cada día, o un día sí y otro no, subir a lo alto de la montaña, y otear si se podía distinguir el agua en el mar; la que hasta el día anterior no habíamos visto. En esta ocasión una tormenta de viento, proveniente del mar rompió la principal masa de hielo dentro del Sownd;

* Willock -- Guillemont ave marina de la familia de las Alcas o Urías.

después de lo cual viniendo el viento del este, llevó todo el hielo al mar, y despejó el Sownd en gran parte, aunque al principio no cerca de la orilla, viendo venir el agua clara por lo menos a tres millas de nuestra Tienda.

Por eso este 25 de mayo, en que estuvimos todo el día en la Tienda, vinieron dos barcos de Hull al estrecho, que sabían que habían sido dejados allí hombres el año anterior; el patrón (deseoso de saber si estábamos vivos o muertos) envió una chalupa [32] desde el barco; con orden de remar tan dentro del estrecho como pudieran, y subir su chalupa e ir por tierra sobre la nieve hasta la Tienda. Estos hombres a su llegada a tierra, encontraron la chalupa que nosotros habíamos transportado desde tierra hasta el agua, con el propósito de ir a buscar algunos caballos marinos en el próximo buen tiempo, estando ya la chalupa equipada con todo lo necesario para esa empresa. Esta visión les trajo una incertidumbre, y aunque este hallazgo les dio esperanzas, sin embargo su asombro les hizo dudar, porque no era posible que permaneciéramos aún vivos. Por eso sacando nuestras lanzas del bote, vinieron hacia la Tienda; sin que nos apercibiéramos de ellos, porque estábamos todos reunidos preparados para rezar en la tienda interior; solamente Thomas Ayers no había salido aún de la tienda mayor. Los hombres de Hull acercándose ahora a nuestra Tienda, saludaron con la habitual palabra de la mar gritando ¡Hey!. El contestó otra vez con ¡Hola! cuya rápida respuesta casi los dejó atónitos a todos ellos, haciéndoles permanecer quietos, medio temerosos por ello. Pero nosotros al oír desde dentro la voz de ellos, salimos jubilosos de la Tienda; todos estábamos tan negros con el humo, y con nuestros vestidos todo harapientos por el uso. Esta extraña visión les hizo asombrarse más de nosotros, pero siendo como éramos los mismos hombres abandonados allí todo el año nos abrazaron con corazones jubilosos, y nosotros también a ellos y entraron en nuestra Tienda. Entrando así en nuestra morada les obsequiamos y les dimos de todos los víveres que teníamos; que eran venado asado cuatro meses antes, y una copa [33] de agua fría; que por razón de novedad ellos nos aceptaron amablemente.

Entonces empezamos a preguntarles qué noticias traían, y por el estado de nuestra propia tierra ¿y cuándo vendría la flota de Londres?

a lo cual, ellos nos daban las mejores respuestas que podían. Acordando entonces dejar la Tienda, fuimos con ellos a su chalupa, y en ella a bordo del barco, donde fuimos bien recibidos de acuerdo con la más cordial y amable manera inglesa; y allí permanecimos hasta la llegada de la Flota de Londres, por la que anhelábamos desde hacía mucho, esperando por ellos saber de nuestros amigos de Inglaterra. Se nos dijo que ellos estarían allí al día siguiente, pero pasaron tres días enteros sin que vinieran, y nos parecieron tan largos estos tres días, como los que anteriormente habíamos sufrido, tanto era lo que deseábamos ahora saber de nuestros amigos, nuestras esposas e hijos.

El 28 de mayo entró la Flota de Londres en el puerto para nuestro gran consuelo. Fuimos a bordo de la Almiranta bajo el muy noble capitán, Capitán William Goodler, que es digno de ser honrado por todos los hombres de mar por su gentileza y generosidad. Este es el Caballero que es cada año Comandante Jefe de esta Flota; y es muy digno de serlo, siendo un hombre muy entendido y un experto marino como la mayoría lo son en Inglaterra, sin censurar a nadie. Se nos dio la bienvenida por este caballero, y fuimos recibidos jubilosamente por él; dando orden de que se nos diera de todo lo que hubiera en el barco que pudiera hacernos bien, y nos fortaleciera; dándonos también ropa a su propio cargo, por valor de veinte libras.

Así [34] después de catorce días de recuperación nos pusimos perfectamente bien todos nosotros, después de lo cual el noble Capitán envió a William Fakely, y a John Wyse (aprendiz propio de albañil) y a Thomas Ayers el cortador de ballenas, con Robert Goodfellow al barco del Capitán Mason de acuerdo con lo que ellos mismos querían. Pero esperando ser allí tan amablemente recibidos, como el hijo pródigo, estos pobres hombres después de haber soportado tanta miseria, que en parte por culpa de él habían sufrido, tan pronto subieron a bordo de su barco, él, lo más duramente, los llamó desertores con otros ásperos y poco cristianos términos, muy lejos del comedimiento de un hombre honrado. El noble Capitán Goodler, comprendiendo todas estas ocurrencias, estaba muy apenado por ellos, resolviendo enviar a recogerlos, pero el tiempo se mostró malo e incierto. Yo por mi parte permanecí con el Capitán todavía en Bottle Cove, por mi propio deseo; y en cuanto

al resto de nosotros que permanecemos con él, prefirió a los hombres de tierra para remar en las chalupas a la pesca de las ballenas; librándolos de este modo de sus pesados trabajos en tierra; mejorando además sus salarios. Y todos estos favores hizo este digno Caballero por nosotros.

De este modo estuvimos muy satisfechos de estar allí hasta el veinte de agosto, esperando entonces volver a nuestra tierra natal; y habiendo llegado el día de la partida y nosotros embarcados, zarpamos con jubilosos corazones a través del espumoso océano, y aunque encontramos algunas veces vientos contrarios al regreso; sin embargo nuestros propios barcos volvieron finalmente con felicidad a anclar en el río Támesis: para nuestra gran alegría y [35] consuelo y beneficio de los Comerciantes. Y así por la bendición de Dios volvimos los ocho a casa bien, sanos y salvos, donde la Honorable Compañía de nuestros amos, los Comerciantes de Moscovia, nos ha tratado maravillosamente bien desde entonces. Por toda esta muy misericordiosa conservación, y la más maravillosa poderosa salvación, todo honor, alabanza y gloria sea para el gran Dios, el único Autor de ello. Que El nos conceda hacer recto uso de ello. Amén.

FINIS.